Un cuento de Peñarol

Articulo publicado: 2011-10-02 21:44:26 |

El hombre aminoró el paso. Un poco porque los años y las enfermedades habían hecho una marca profunda en su humanidad, y otro poco para contemplar el espectáculo: por las avenidas circundantes el colorido era inconfundible, en el pequeño país al sur del continente había clásico, y el mundo, literalmente, se detenía.

El hombre aminoró el paso. Un poco porque los años y las enfermedades habían hecho una marca profunda en su humanidad, y otro poco para contemplar el espectáculo: por las avenidas circundantes el colorido era inconfundible, en el pequeño país al sur del continente había *clásico*, y el mundo, literalmente, se detenía.

Con su mano derecha se aferraba al hombro de su hijo mayor. Ya un hombre de veintitantos años, que estudiaba en Montevideo en alguna Facultad de la Universidad Pública, uno de los pocos resabios que al país le quedaba de su época dorada, educación gratuita e igualitaria para todos los que quisieran tenerla. Hacía más de veinte años la situación era otra, el que llevaba el paso rápido, y la destreza de meterse entre la multitud era él, y el niño, pequeño, asombrado, se detenía ante todo, y ante todos. Era la primera vez que llevaba a su hijo al estadio, y como no podía ser de otra manera, el niño estaba impactado.

El padre ya no era joven, al menos para ser primerizo y el niño estaba cumpliendo cuatro años. Hacía poco tiempo que habían llegado a Montevideo desde el interior del país. El estadio era una cita obligada, para que el niño conociera, para que el hombre recordara, y sobre todo para que el pequeño *escogiera*, porque como el padre decía frecuentemente, *"no es cosa de hacerlo hincha del cuadro de uno, él tiene que elegir y hay que respetarle la decisión".* De dónde le venía esa vocación libertaria es una cuestión difícil de saber, pero no dejaría que nadie influyera en la decisión de su primogénito, incluso él se venía cuidando mucho de no influenciar en esa decisión. Y el día había llegado, el niño ya tenía cuatro años, ya sabía distinguir, y ya debía tomar un camino, en este país, o eras de Peñarol, o eras del *otro*. Al hombre le daba cierta sensación extraña pensar que su hijo fuera del *otro*…pero estaba dispuesto a asumir ese riesgo con tal de que aquel proyecto de hombre tomara su propia decisión, tal vez la primera realmente importante en su corta existencia.

El niño varias veces había manifestado una clara inclinación, quizás por los colores, porque *el otro* ni siquiera tenía eso, colores, eran (y son) un equipo sin colores. O quizás porque muchas veces había preguntado, *¿Y vos de cuál sos Papi?* y el padre le decía, con cierto orgullo disimulado "de Peñarol"; *¿Y por qué sos de ese Peñadol papi?* y allí el padre se detenía, cambiaba de tema, no quería influenciar en la decisión de su hijo.

Pero ahora estaban en el Estadio *Centenario*, y el padre estaba seguro de que el niño ese día tomaría una decisión. Para influir lo menos posible en aquella decisión el padre llevo al niño a la tribuna Olímpica, donde convivían las dos parcialidades en forma tolerante y en ese entonces, hasta por momentos jocosa. Por esas cosas del destino se sentaron al lado de gente del *otro*, estaban literalmente rodeados. Una señora, madre de otros pequeños de más o menos la misma edad le preguntó *¿Y vos de qué cuadro sos querido?,* y el niño, mirando a su padre como pidiendo permiso le contestó *"Soy de Peñadol…como mi papá"* Entonces el hombre comprendió que todo su esfuerzo y auto represión habían sido en vano, su hijo, su primogénito, solo quería ser como él. Ese partido comenzó como tantos, el*otro* hizo un gol, al comienzo nomas del partido. Terminó el primer tiempo y seguían ganando, y el padre mientras devoraba su choripán se atormentaba con la idea de que justo ese día…justo ese día ganaran los *otros*…qué horrible desilusión para su hijo, hacerse de Peñarol por seguirlo a él, y en el día más importante…perder. El niño jugaba con sus vecinos, que al igual que él ya estaban un poco aburridos. Al comienzo del segundo

tiempo el árbitro expulsa un jugador de Peñarol. Pocos minutos después el juez decide que con esa exigua diferencia el triunfo de*ellos* no estaba seguro, y expulsa al segundo jugador carbonero. Cuando ya faltaban pocos minutos para el final del partido el niño se acercó al padre y le dijo "no estés triste papi…ahora Peñadol va a hacer un gol" El hombre levantó a su hijo, lo puso en su falda y miró así los últimos minutos de aquel partido.

Cuando faltaban algo más de cinco minutos el juez cobra un dudoso penal para *ellos.* El padre se toma la cabeza, emite algunos gritos. Luego se calma y pone a su hijo sobre los hombros para que pueda ver mejor porque todo el mundo estaba parado. En un casi mágico instante de silencio y en donde se escuchó muy claramente el sonido del silbato el jugador de *ellos* pateó fuerte, tan fuerte que la pelota casi rompe el travesaño del arco. Y rebotó tan lejos que se perdió afuera. En medio del griterío de las miles de almas que maldecían y agradecían simultáneamente el hombre bajó a su hijo de sus hombros y mientras se acomodaban para sentarse nuevamente escuchó el sonido típico de que algo estaba pasando en la cancha…era Peñarol, que arreciaba el arco de *ellos* con todas sus fuerzas. Cuando ya no quedaba más tiempo, cuando algunos, sobre todo de *ellos*, se comenzaban a ir, vino lo impensado. Un centro sin mayores pretensiones es despejado sin mucha convicción, y el mediocampista de Peñarol le pega como viene, la pelota se mete con furia arriba en el arco, el golero de ellos apenas atina a mirar la situación con incredulidad. Gol, golazo, y el hombre abraza a su hijo, y padre e hijo se unen en ese sentimiento breve pero infinito de alegría compartida que es un gol.

Algo más de veinte años después el hombre vio como esta película transcurría tras sus ojos, y recordando esto siguió subiendo las escalinatas que dan a las boleterías de la misma tribuna. Mientras subía despacio los escalones le vinieron otras imágenes a la mente, el primer "equipo completo" de Peñarol regalado al niño al cumplir los cinco años; cómo algunos años después el niño había juntado monedas para que *volviera Morena*. Cómo los clásicos con el *nando* siempre eran una fiesta y cómo el niño había ido creciendo en ese proceso.

Cuando estaban entrando al enorme espacio abierto del Estadio el padre tomó a su otro hijo, al menor, por el brazo. Él había vivido una historia parecida, pero diferente. Cuando apenas tenía unos meses Peñarol era campeón de América y luego del mundo. Ya el padre se había resignado que ese niño no tendría la libertad de elegir, el hermano mayor ya lo había hecho de Peñarol aún antes de nacer. Le había pintado su nombre adentro de la bandera con las once estrellas y con los clásicos colores del Ferrocarril adornando hojas que pegaba en la futura cuna de su hermano.

Con tamaña presión el nuevo niño de la familia no tuvo demasiadas complicaciones a la hora de elegir, ni luego comenzar a jugar en el barrio, siempre era el más pequeño del partido, y siempre con la camiseta ya muy usada del hermano mayor. La camiseta tenía un curioso número 9 en su espalda con un bordado tradicional que la abuela había realizado después de mucho insistir del hermano mayor. El más pequeño tuvo su primer gran experiencia cuando tenía apenas siete años. Después de una muy larga y dura enfermedad el padre se estaba finalmente reponiendo y contra todos los pronósticos estaba en el living de su casa mirando junto a sus dos hijos la final de la Copa Libertadores del año 1987. Cuando todo parecía perdido y nuevamente la historia conspiró a favor de Peñarol los hermanos saltaron y gritaron a rabiar rodando por el piso, pero luego de un instante y de los gritos maternos, observaron que al padre le pasaba algo, había quedado pálido, después violeta y parecía en una posición rígida. Recién después de varios minutos e la rápida asistencia de un médico vecino comenzó a recobrar el estado normal…habían sido demasiadas emociones para su corazón en plena recuperación. Peñarol le había dado tantas alegrías que esta vez casi se lo lleva en una enorme y gran sacudida emocional. Pero ahí estaban, los tres, juntos, siendo nuevamente campeones, y otra vez campeones de América.

Cuando pasaron por la boletería el padre volvió a recordar, esta vez la imagen fue la de otra época y otro tiempo, después de varios años y tantas derrotas ante *ellos*, Peñarol se había recompuesto y había formado un nuevo equipo. Lo lideraba un jugador muy poco conocido en Uruguay, que había paseado su talento desde los barrios de su Rivera natal, luego mostrándolo en cuenta gotas en Wanders para partir rápidamente a jugar en España. El jugador, siendo

suplente, le había dado el gol de la victoria a la Celeste en la Copa América de 1987. Y sin embargo, cuando vino a Peñarol, la mayoría no sabían que él venía porque al igual que tantos, esos colores eran los que se ponía de niño para jugar en el barrio. Y Pablo se convirtió en *Profesor* en pocos partidos y en hacedor del segundo*quinquenio de oro*. El hombre recordó un penal en particular, el primer penal que el Profesor les pateó a *ellos*. Los dos hermanos y el padre sufrían frente al televisor, y el Profesor colocó la pelota lejos, muy lejos del arquero atajador de penales. Pero lo que más le llamó la atención al hombre fue la forma de festejar de aquel número 10. Señaló a la tribuna, a la Ámsterdam, dedicó el gol y luego simplemente besó la camiseta. En ese momento el hombre comprendió y le dijo a sus hijos *"…es de Peñarol, este vino porque es de Peñarol…"* el tiempo le daría la razón, y los hinchas, hasta un monumento le levantaron.

Cuando fueron rumbo a la tribuna los olores de choripán, café, panchos y hasta pororó le devolvieron al hombre el recuerdo de tantas veces, de tantas jornadas. De tantas alegrías y alguna tristeza. Era la primera vez que estaba con sus dos hijos en el Estadio, el hombre sabía que era la única vez que esto sucedería, y sacando fuerzas de donde ya no quedaban no logró que nadie lo convenciera de quedarse en cama. Los dos hermanos no soñaban que el desenlace sería tan pronto, y que esa vez sería la única que el *viejo* estaría con ellos en la Olímpica. Gracias a esa ingenuidad quizás fue que disfrutaron como nunca ese partido, el único que pudieron ver con él gritando a su par, insultando al juez y pese a las advertencias maternas, comiéndose ese choripán y disfrutando la cerveza.

Quiso el destino, o la economía, o valla a saber qué raros designios que guían a los hombres, que algunos años después aquellos hermanos fueran separados por el río como mar. Cada uno tuvo su vida, y cada uno sus hijos. Pasaron muchos años antes de volver a encontrarse. Ninguno de sus hijos llevó el nombre del abuelo paterno, pero todos tuvieron un signo común que los unió desde el día que dieron el primer llanto sobre esta tierra; todos, absolutamente todos, fueron de Peñarol, incluso, los que habían nacido fuera del país. Como hermanos en la vida, esos primos, hoy, cada vez que se juntan, o que conversan por los chats, siempre tienen un tema en común. Peñarol forma parte de sus vidas, como lo fue de la de sus padres, y también de la de su abuelo.

Ernesto Nieto